



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 12. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 26 Marzo 1877. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVII.

SUMARIO.

Explicacion de los grabados, por Joaquina Balmaseda.—Vestido con túnica brochada.—Vestido con echarpes.—Vestido *Princesa* para niña.—Vestido con plegado para niña.—Traje de novedad para señora.—Vestido adornado con flecos.—Delantal con peto.—Chaqueta alsaciana para jovencito.—Lazo para el caballo.—Canastilla para recién nacidos: Camisitas.—Chambras.—Mantillas.—Faja.—Gorrita.—Sombbrero.—Almohada y colcha para cuna.—Colchoncillo.—Almohadon para llevar al niño.—Ropa blanca para cuna.—Canastilla de junco bordado para meter la ropa del niño.—Lambrequin, puntillas, entredoses.—An-

gulos bordados á punto ruso.—Estrella de crochet y trencilla.—Bordado sobre paño para tapetes.—LITERATURA: Jerusalem, por Robustiana Armiño de Cuesta.—A la Virgen de los Dolores, poesía, por Joaquina Balmaseda.—En la muerte de mi madre, poesía, por José Purkuin.—Sor Magdalena, por José María Cuenca.—Marina, por Angela Grassi.—Teatros y salones, por Víctor Cuende.—Economía doméstica.—Explicacion del figurin.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1. ESTRELLA DE CROCHET Y TRENCILLA.

Principiase por el centro con un círculo de 8 puntos, sobre los que se hacen 32 barras con una vuelta de puntos dobles encima: comiézase entonces el círculo de hojas, que se ejecutan con 6 puntos de cadene- ta como primera barra y 2 dobles barras en el primero de los 6 puntos, reunidas las tres por arriba en un punto; se repiten otros 6 puntos, que se en-

ganchan al círculo, y otras dos barras en el primero de los seis, como anteriormente, repitiendo así la cenefa de hojas, que se sujetan luego en arco por una cadeneta circular y dos vueltas de puntos dobles, la segunda con picots: sigue una vuelta de ondas hecha por trencilla, y otra de crochet sujetando los piquillos, terminando la

3 Y 4. TRAJES PARA SEÑORA.

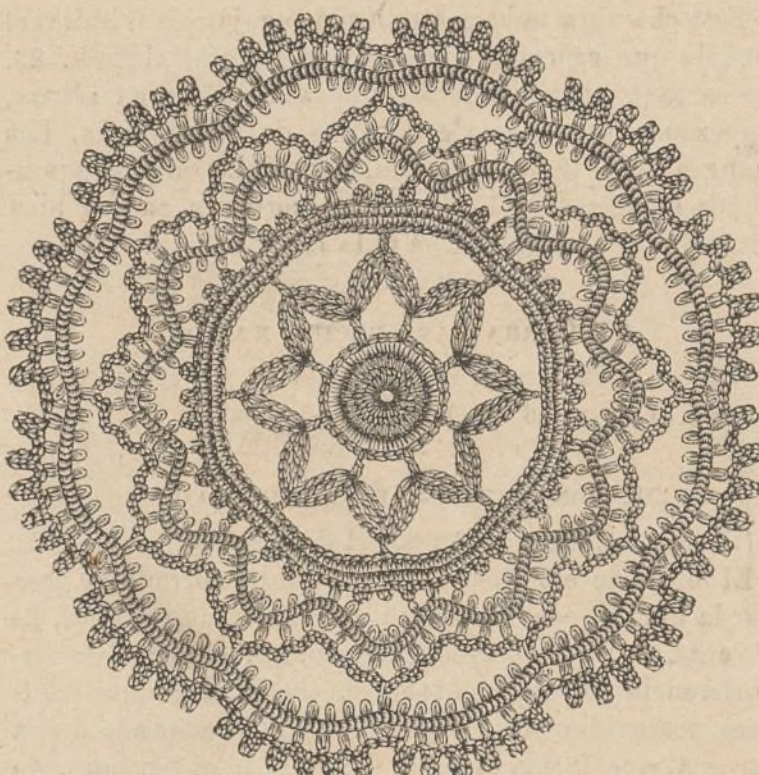
La explicacion y patrones de estos vestidos los han recibido nuestras lectoras en el número anterior, que además les ofrecia ambos vestidos dibujados por delante. El primero lleva túnica *Princesa*, y el segundo echarpes con flecos y lazos.

5. BORDADO SOBRE PAÑO PARA MUEBLES Ó ALMOHADONES.

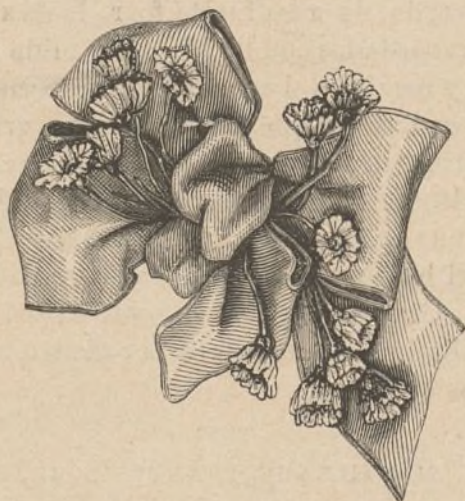
Consagramos una plana entera del periódico á este modelo, para que nuestras lectoras puedan reproducirle sin dificultad ninguna: el bordado está hecho al pasado, á punto



3. Vestido con túnica brochada. Espalda del núm. 1 del CORREO anterior. (Pliego del 18, por el revers, núm. XV, fig. 49.)



1. Estrella de crochet y trencilla.



2. Lazo para la cabeza.

estrella otra vuelta de trencilla y una de crochet con picots encima.

2. LAZO PARA LA CABEZA.

Puede lo mismo servir para el pecho en el centro de un fichú, y se compone de un doble lazo de faya rosa ó cardenal, con nudo y ramas de margaritas, que se escapan de él por los dos lados.



4. Vestido con echarpes. Espalda del núm. 2 del CORREO anterior.)

de contorno y á cadeneta, y eligiendo con gusto las sedas ó lanas que quieran emplearse imitará los bordados de los siglos XIV y XV, hoy tan estimados. El fondo puede ser de cualquier color, como gris, marrón, rojo y verde, y los colores se combinan según el fondo. Este género de bordado no se emplea más que para objetos grandes, y sobre todo para sillerías y cortinajes, pudiendo variar las flores con colores diferentes, y en cada una de ellas varios reunidos, como, por ejemplo, las hojas verdes, el cáliz azul, los estambres blancos y los cuadros amarillos, con nudos de igual color.

9 Y 10. PUNTILLAS DE TRENCILLA Y CROCHET.

La explicación de estas puntillas es enteramente inútil, porque el grabado las presenta con entera claridad: la primera son dos vueltas de ondas de cadeneta con picots unidos á una trencilla cluny, y la segunda una vuelta de dobles barras sobre un picot sí y otro nó, y un feston de crochet encima.

11. CHAQUETA ALSACIANA PARA JOVENCITO.

(Patron en el pliego por el derecho, núm. X, figs. 16 á 20).

Esta chaqueta no tiene forro, y se hace de paño grueso gris con ribete de trencilla verde ó paño: las vueltas tienen 26 centímetros de ancho por arriba y 4 por abajo, y, así como el cuello, van adornadas de pespuntos que las cubren por completo: un corchete la cierra del escote, y por abajo botones y ojales en dos carreras. La anchura de la espalda se reduce del talle con una cintura sujeta por botones á los lados, como en los paletots rusos.

12 Y 13. VESTIDO PRINCESA PARA NIÑA.

La explicación y patrones para este traje los ofrece el pliego de patrones por el revers, núm. IX, figs. 35 á 39; pero indicaremos que para este tiempo puede hacerse en siciliana de un color con los vivos y lazos de sedalina del mismo: nuestros grabados presentan el uno en popelina de cuadros con los adornos de seda, y el segundo en tela de un color con los adornos de seda del mismo.

14 Á 16. DELANTAL CON PETO.

(Patron en el pliego por el derecho, núm. VI, figs. 21 y 22).

Este modelo presenta un delantal de percal á rayas azul y rosa guarnecido de encaje y volantitos al biés de 4 centímetros de ancho, pegado con cabecilla el de los costados, y cubierto el cosido del que forma peto y baja más dentro, con un biés blanco bordado á lomillo y punto ruso con encarnado por los dibujos 15 ó 16. El bolsillo y cintas de atar repiten el mismo adorno de encaje, volante y biés.

17 Y 18. VESTIDO CON TÚNICA PRINCESA.

(Patron en el pliego por el derecho, núm. III, figs. 9 á 11).

El traje representado en estos modelos es una falda y túnica de distinta tela y adorno en cada uno de los grabados: el patron va acompañado de un croquis en tamaño reducido, que hace más comprensible la ejecución: la costura de atrás queda abierta en una altura de 40 centímetros, y el echarpe son dos tiras de 117 cent. de largo por 30 de ancho, cortadas al biés por abajo: se reducen de arriba con pliegues y se fijan en la costura de los costadillos, figurando anudarse más abajo y dejando descender sus puntas sobre la falda. El núm. 17 es un vestido de cachemir azul marino con los adornos de terciopelo ó seda igual, y el núm. 18 de lana verde ruso la falda y mangas, y la túnica de lana y seda rayada en el mismo color: la túnica va adornada por delante con tres tiras de 10 cents. de ancho cada una por 31 de largo, y separadas convenientemente á iguales distancias, siendo en el primer modelo una tira plegada y sujeta con remates de faya y botones, y en el segundo tiras lisas sobre la tela rayada, haciendo los echarpes cada uno de una tela. Fleco de seda con enrejado y borlas completan el adorno.

19 Á 21. PUNTILLAS Y ENTREDOS DE CROCHET.

Las dos puntillas 19 y 20 se hacen sobre una cadeneta lisa que sirve de pié, y con solas dos vueltas, que aparecen claras en el grabado.

El entredos núm. 21 tiene por auxiliar la trencilla cluny, unida una doble trencilla por arcos ú ondas de crochet, que aparecen claros en el dibujo.

22 Á 41. CANASTILLA PARA RECIEN NACIDO.

La exactitud de los patrones, que nuestras lectoras hallarán en el pliego del 18, hacen innecesarias nuestras ex-

plicaciones acerca de la confección de estos lindos objetos, que las madres preparan con tanto placer para los hijos que llevan en su seno, agotando en su adorno los recursos de su fecunda imaginación. Darémos, sin embargo, algunos sucintos detalles.

22 Á 24. CAMISA PARA RECIEN NACIDO.

(Patron: pliego por el revers, núm. XI, figs. 42).

Las partes de atrás y de delante se cortan por la fig. 42 en un solo pedazo, uniéndose de los hombros. Las mangas cortas se adornan con la puntilla que da de tamaño natural el grabado 24.

Una puntilla de crochet completa su adorno.

El grab. 22 muestra el modo de doblar esta camisita. El ancho del delantero debe reducirse á 12 cents. por medio de cuatro pliegues de 1 cent. de profundidad, planchados y cosidos.

Después de haber colocado una sobre otra la parte de delante y la de atrás, se forman los pliegues, y según indican las líneas del grab. 20, se traza un cuadro largo de 8 cents. de ancho.

25 Y 26. DOS CHAMBRITAS PARA RECIEN NACIDO.

(Patron: pliego del 18 por el revers, núm. XIII, figs. 44 y 45).

25. La chambra, cerrada atrás, se hace de muleton fino, cortándose por las figuras indicadas del pliego. Un bullonado de muselina de 4 cents. de ancho, encuadrado de entredoses bordados y de encaje, adorna los delanteros, fijándose los detalles del adorno con biéses pespunteados. El adorno se repite por abajo, y el escote va guarnecido con una puntilla.

26. Un volante fruncido y festoneado por abajo con algodón azul y bodeques blancos, y sujeto con biéses de color, constituye el lindo adorno de esta chambra.

27. CAMISA CON MANGA LARGA PARA RECIEN NACIDO.

(Patron y explicación: pliego del 18 por el revers, número XII, fig. 43).

28 Y 29. CHAMBRA DE PUNTO PARA RECIEN NACIDO.

Materiales: 30 gramos de algodón blanco del núm. 6.

Esta chambra se hace á punto de aguja, como indica el modelo que representa de tamaño natural el grab. 29. La parte principal se trabaja en sentido de su altura, empezando por el borde de atrás de la izquierda. Las mangas se hacen por separado, pegándolas después á punto por encima. Por lo demás, se corta un patron bien exacto, y se va ajustando á él la labor.

30. GORRA PARA RECIEN NACIDO.

(Patron y explicación: pliego del 18 por el revers, número XIV, figs. 46 á 48).

31. SOMBRERITO PARA RECIEN NACIDO

(Bordado: pliego del 18 por el derecho, fig. 24).

El fondo de este gorrito de cachemir, forrado de gasa y seda blanca, consiste en un óvalo, cortado al biés, de 27 cents. de altura por 26 de ancho, reducido á 47 de circunferencia por algunas tablas hechas á distancias regulares, sostenidas por un alambre, y montadas á una tira estrecha, que forma la pasa. La mitad del bordado, de soutache de seda blanca, lo da la fig. 24 del pliego. El borde levantado, de gasa fuerte forrada de seda, y sostenido por ambos lados con un alambre, mide 36 cents. de largo por 4 y medio en el centro; le guarnecen tres ruches, cayendo la una sobre la otra, forradas de gasa y bordadas con soutache; la última sobresale 1 cent. del borde, y lleva un flequito de seda blanca al canto. Una cinta de tafetan blanco de 2 cents., ligeramente arrollada, oculta la union del borde y del bavolet, terminando con un lazo elegante. Otro lazo adorna la parte superior de la cabeza. Este lindo sombrero lleva por dentro un rizado de tul y bridas de tafetan.

32. MANTILLA DE FRANELA BORDADA.

(Dibujo para el bordado: pliego del 18 por el revers, figura 50).

Es un cuadro de franela ó de piqué, de 90 á 100 cents. de largo de costado. El bordado se ejecuta sobre la parte que vuelve, rodeando tres lados con festones y bodeques bordados á plumetis. El cuarto lado se ribetea con una cinta. El bordado se ejecuta á puntos largos y puntos de perfil.

33 Á 35. MANTILLAS PARA RECIEN NACIDOS.

Bordado á la cruz y puntos largos.

33 y 34. Recomendamos esta mantilla por la sencillez de su forma y su comodidad. Es un cuadro de franela

azul de 66 cents. de costado, que se redondea de 6 á 7 cents. del lado destinado á la capucha. El borde va festoneado con lana blanca, y el bordado se ejecuta con seda de Argel y lana blanca. Para formar la capucha se hace en el lado que se ha redondeado una jareta de cinta, formando un óvalo de 35 cents. de largo por 19 de altura, pasando por ella otra cinta más estrecha, cuyas puntas se sacan á la parte exterior por medio de un ojete. Basta tirar de estas cintas para que quede formada la capucha.

35. Es de franela blanca, y mide 64 cents. de costado. Puede bordarse todo alrededor á punto de cruz, ó al género ruso dos tonos azul, encarnado, ó azul marino. Yo aconsejo aplicar sobre la tela cañamazo, cuyos hilos se sacan después de hecho el bordado. Las iniciales (Véase el pliego del 18 por el revers) se bordan á punto de cruz con los mismos colores. Un feston ancho rodea el borde de la mantilla.

36 Y 37. FAJA PARA RECIEN NACIDO, CROCHET Y PUNTO DE AGUJA.

Materiales: 60 gramos de algodón blanco núm. 6.

El fondo es de punto de aguja, trabajado con algodón blanco y guarnecido con una puntilla de crochet. Mide 180 cents. de largo por 11 de ancho. Del lado que termina en punta, se pegan dos cintas de 30 y 70 cents. de largo; el otro extremo es cuadrado. Cuando la tira llega á medir 175 cents. de largo se empieza la punta menguando un punto á cada lado.

Si se quieren bordar en el centro las iniciales, se deja un espacio liso de 20 puntos de ancho y 12 vueltas de altura. El grab. 37 representa de tamaño natural el tejido de la faja y la puntilla que la guarnece.

38 Y 8. CANASTILLA PARA ROPA DE RECIEN NACIDO.

Bordado sobre junco trenzado.

El modelo forma un óvalo algo prolongado, de junco blanco muy fino, y mide 12 cents. de altura, 40 cents. de ancho y 46 de largo.

El costado exterior va completamente cubierto con el bordado en lana de color, ejecutado á puntos largos, y formando tiras oblicuas. El fondo de las tiras largas es alternativamente azul, y gris-claro en las tiras azules; las motas son castaño y amarillo (este último en seda de Argel); en las grises son de dos tonos rosa. Las tiras más estrechas consisten en una hilera de puntos oblicuos, de lana castaño y amarillo, rodeadas de una hilera blanca y otra amarilla (estas dos de seda). La lana y la seda deben ser de un grueso proporcionado para que el junco quede cubierto. La parte interior de la canastilla, se forra de raso bullonado, ocultando su borde por arriba, una tira de piqué blanco bordada que va formando lambrequines. (Véase grab. 8). El fondo está ouaté, y lleva una cubierta bordada como el lambrequin.

39 Y 40. ALMOHADA Y COLCHA PARA CAMITA DE RECIEN NACIDO.

39. Almohada. — El modelo mide 44 cents. de ancho por 35 de altura, y va adornada con un entredos de encaje de bolillos de 4 cents., puesto en trasparente á 2 ó 3 centímetros del borde: los dos lados de la almohada cruzan por abajo todo el ancho del dobladillo, cerrando con ojales y botones.

40. Colcha. — Es de tela fina, y adornada con un entredos de encaje. Envuelve la manta de la camita, sobresaliendo de ella 18 cents. y sobre la cual va abrochada. Los ángulos, cortados al biés, se rodean del mismo entredos y dobladillo postizo que todo lo demás de la colcha. Sobre el dobladillo derecho, á 13 cents. de distancia, se hacen los ojales. El entredos, igual al que guarnece la almohada, mide 5 cents. de ancho.

41. ALMOHADON-COLCHONCILLO PARA RECIEN NACIDO.

El colchoncillo, en el cual va metido el almohadon, es una especie de saco de madapolan ó cretona, cubierto de percal satinado y calado, con cuatro volantes de nanzouk, de 4 cents. de altura, guarnecidos con una puntilla de bolillos.

La parte superior del colchoncillo mide 75 cents. de largo por 38 de ancho, y va redondeada en uno de sus extremos, en el cual se cose un pedazo de tela de la misma forma, y solamente de 30 cents. de largo. El resto del colchoncillo se divide en dos partes, de 45 cents. de largo por 20 de ancho, cosidas á los dos lados, y que cierran de en medio con cintas cuando se habrá metido dentro el almohadon ó la mantilla ouatada para que repose el niño.

La abertura del colchoncillo queda oculta por un volante coquillé, bajo el cual se cosen las cintas, ó se hacen los ojales, según se quiera cerrarlo. Otro volante fruncido

rodea la vuela de la cabeza, fijándose, como asimismo los de la abertura, con un biés bordado y respunteado. La chambrita, que puede cortarse por el patron de las anteriores, va adornada también de biéses y volantes guarnecidos de encaje.

Creemos haber complacido á las jóvenes madres, dándoles estos elegantes modelos para sus hijos, modelos cuyo adorno ellas pueden variar hasta lo infinito.

JOAQUINA BALMASEDA.

RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y batará enviarlos en sellos de correos á esta Administración, para recibirlos franca de porte.



JERUSALEN.

Los días se suceden con rapidez; apenas el recuerdo de los alegres bailes de Carnaval se ha hundido entre el murmullo de la oración y de la ceniza, cuando ya se acerca la Semana Santa, la que en corto número de días nos ofrece la representación del misterio más augusto, sacrificio más sublime que ha tenido lugar desde la creación del mundo.

¡Con qué indiferencia contempla la generación actual ese remedo de la Pasión del Dios-Hombre! ¡Con qué frialdad leemos las sublimes y trágicas descripciones que nos han legado las plumas de oro de los Evangelistas! ¡Es posible que esta generación entusiasta, que se identifica con los personajes de un drama, que llora con ellos y con ellos ríe, pueda leer con serenidad las sangrientas páginas que forman el último y brillante período de la vida del Salvador? ¡Es posible que se sigan paso á paso los tormentos y las agonías de aquél Sér, hasta verle clavado en la cumbre del Gólgota, como la misteriosa serpiente de bronce que alzó Moisés en el desierto para la salvación del pueblo hebreo, y que nuestros ojos no viertan una lágrima de dolor y de arrepentimiento al contemplar tanto amor y tan grande abnegación?

¡Piedad sincera! ¡Fervor de los primeros cristianos, que brillábais como un faro celestial! ¡por qué os habeis extinguido, dejándonos sepultados en las tinieblas de la frialdad y la indiferencia?

Pero si bien el materialismo, que poco á poco ha invadido los corazones, recaudó en ellos la sincera fe de los tiempos primitivos, arranca á mi espíritu las desoladoras reflexiones que anteceden; existen todavía corazones, almas verdaderamente apasionadas, espíritus valientes, como los de Chateaubriand y Lamartine, que han sabido arrostrar toda clase de peligros por llegar á la tumba del Redentor, por llorar sobre aquella divina tragedia, y legarnos despues sus páginas impregnadas de las dulces inspiraciones que brotaron como una flor celeste bajo las bóvedas del Santo Sepulcro y del Calvario.

Alentados con sus excelentes descripciones, iluminados por su inimitable itinerario, vamos á trasportarnos por un momento á los Santos Lugares, cuna de nuestra redención, y á señalarlos, aunque con la rapidez que nos exigen los estrechos límites de un periódico, los principales monumentos en que tuvieron lugar los acontecimientos más notables de la vida del Salvador.

Jerusalén, la Ciudad Santa, situada en Palestina, á doce leguas del Mediterráneo, no es, como han dicho muchos, una ciudad desierta, sombría y cubierta de ruinas, sobre las que se levantan aquí y allí algunas tiendas de árabes beduinos.

Jerusalén, decorada con murallas fuertes y almenadas, en las que no falta una sola tronera, con sus casas de piedra cubiertas de terrados y sus mil cúpulas, doradas por el hermoso sol de Oriente, presenta á los ojos del viajero que la saluda por primera vez un aspecto noble y brillante, que se graba en el alma para siempre.

Al Oriente de la ciudad se levanta, sobre las ruinas del templo de Salomón, la gran mezquita, que cuenta quinientos pasos de Norte á Sur, y cuatrocientos de Oriente á Occidente, cuya entrada está prohibida á los cristianos, á pesar de que en Jerusalén existen quince iglesias de diferentes comuniones.

El Santo Cenáculo es hoy también otra iglesia cuya entrada les está prohibida, y á su lado se ven en pie al-

gunos restos de las vetustas paredes de la casa donde la Santa Virgen permaneció hasta la hora de la muerte.

El jardín de las Olivas ó monte Olivete está situado fuera del muro, entre la puerta Dorada y la puerta de San Estéban; los religiosos misioneros que consagran incesantemente su vida al cuidado de aquellos Santos Lugares han adquirido este célebre huerto, cercándole despues con una muralla de piedra. Hacia el lado del Mediodía del jardín se ve, también cercado con una murallita de piedra, el sitio en que prendieron á Jesús, que es un espacio de solos siete piés de largo por dos de ancho, y que lleva todavía el nombre del *Ósculo*.

La casa de Anás es hoy una iglesia armenia, y en el patio que la precede, y que era el mismo de la casa, se ve siempre ardiendo una lámpara en el sitio en que Jesús, al salir del tribunal, recibió las primeras bofetadas de sus verdugos. La de Caifas, convertida en iglesia griega, conserva á su puerta las tres antiguas palmeras, y en el medio del ancho patio se levanta un naranjo, rodeado de una pared de piedra, que recuerda á los hombres el sitio en que los guardas encendieron fuego para calentarse, y en donde San Pedro negó tres veces á su Señor.

A ciento veinte pasos del arco del *Ecce-Homo*, que atraviesa la calle que va desde el Santo Sepulcro á la puerta de San Estéban, se ven todavía las ruinas de una antigua iglesia consagrada á Nuestra Señora del Espasmo, en el mismo sitio en que, según San Anselmo, encontró la Virgen á su Hijo cargado con la cruz, y cuyo suceso se representa todos los años en nuestras provincias por medio del sermón del *Encuentro*, que se predica el Jueves Santo por la tarde.

La basílica que Constantino edificó, para encerrar en ella el Santo Sepulcro, fué incendiada en 1807 por los armenios, que, no pudiendo obtener permiso para reedificar la arruinada capilla que tenían en ella, creyeron obtener entónces la concesión para reedificar todo el Santuario.

A pesar de los esfuerzos que se hicieron para contener el fuego, la llama penetró en las galerías y derribó las columnas corintias que sostenían la nave y la elegante cúpula de madera de cedro, que se desplomaron, lastimando, al caer, el Santo Sepulcro. La capilla de la Virgen, el altar del Improperio, los dos santuarios que edificó Santa Elena y la fachada de la iglesia están lo mismo que estaban en tiempo de Godofredo de Bouillon, porque fué lo único que respetó el fuego.

La iglesia del Santo Sepulcro fué reedificada, nó por los armenios, sino por los griegos, que encargaron la dirección de la obra á un arquitecto griego llamado Calfa, que la concluyó en 1803, apoderándose ellos entónces del Santo Sepulcro, del Calvario y de la piedra llamada de la *Unción*.

Viéndose los religiosos latinos reducidos á no poder oficiar más que en las capillas de la Virgen y de la Magdalena, se dirigieron al embajador de Francia, y consiguieron al fin el derecho de decir misa en el Santo Sepulcro y en el Calvario.

La iglesia tiene su entrada principal al Mediodía, donde los cuatro turcos que se designan con el nombre de los *guardianes* exigen veintitres pesos por la primera vez que se entra en la iglesia, y por cada vez que se repita la visita, uno.

Contigua á la iglesia está una capilla, á la que se sube por doce escalones, edificada en el sitio en que la Virgen, San Juan y las santas mujeres lloraban, en tanto que clavaban en la cruz al Salvador.

La capilla del Santo Sepulcro es una especie de catafalco de mármol, colocado en medio de la nave: su interior está todo cubierto de terciopelo é iluminado por una multitud de lámparas.

Sabiendo despues treinta escalones, se llega á la capilla del Calvario, donde arden hacia el Norte treinta y dos lámparas en el sitio en que Jesús fué clavado en la cruz, y cincuenta al Mediodía, en el sitio en que la Sagrada cruz fué plantada.

Ante aquel monumento misterioso, verdadero Tabernáculo de la Redención del hombre, la naturaleza humana se anonada, tiembla, y el orgullo se extingue; los espíritus privilegiados se prosternan en el polvo, convencidos de su miseria, y sólo queda un pensamiento que la eleva hacia el Redentor... ¡la adoración!

ROBUSTIANA ARMINO.

Á LA VIRGEN DE LOS DOLORES.

AVE-MARÍA.

Te ví, y al ver tu agonía
Yo, que lloraba la mía,
Tan sorprendida quedé,
Que trémula murmuré:
¡Ay! Dios te salve, María.

Y prosternada caí,
Y en medio de mi desgracia
Mi fé renacer sentí,
Y en tí mi esperanza ví,
Porque eres llena de gracia.

Ampárame, y que conmigo,
Por tu alta intercesión vea
La gracia que no consigo,
Y que así conmigo sea,
Como el Señor es contigo.

Que entónces mi fé contrita,
Que por tí vive y se agita,
Huirá del mundo y sus redes,
Y á tí acudirá, bendita
Entre todas las mujeres.

Por la fé que te tributo,
De mi senda aparta el mal,
Y protección me dé igual
Jesús, el bendito fruto
De tu vientre virginal.

Que, si lo haceis, mi alegría
Obtendrá de día en día
Un bálsamo bienhechor,
Que darle puede tu amor
Tan sólo, Santa María.

¡Ay! yo confío en los dos,
Que por algo sois la luz
De que va el cristiano en pos;
Él espiró en una cruz,
Y Tú eres Madre de Dios.

Por eso mi fé me entrega
Á tu santo y puro amor,
Y mi angustia se sosiega
Si en medio de mi dolor
digo: por nosotros ruega.

Ruega, sí; por tanto bien,
Llanto de esperanza vierte
El alma; sé mi sosten,
Y ahora, en la de mi muerte,
Diré sonriendo: Amen.

JOAQUINA BALMASEDA.

A LA MUERTE DE MI QUERIDA MADRE,
Ocurrida en 22 de Febrero del presente año.

¡Ay, madre mía! la apacible calma
Que yo contigo disfrutar solía,
La muerte tuya, en insufrible día,
Trocóla en pena que destroza el alma.

¡Yo era feliz! Cuando en coloquio tierno
Tu faz dulce y risueña contemplaba,
¡Con qué afán mi cariño te juraba
Pagar tu amor con otro amor eterno!

¡Qué gran felicidad! Yo te exponía,
Cual siempre conmovido por tu acento,
Cuanto alcanzar podía el pensamiento
De un hijo que con ansia te quería.

La vida para mí senda es de abrojos,
Que tango que cruzar ya sin encanto,
Pues tu falta me aflige tanto, tanto,
Que no se agota el llanto de mis ojos.

Me agobian grandes penas y tormentos;
Herido el pecho de dolor profundo,
Sólo desolación hallo en el mundo,
Y mis cantos no son más que lamentos.

Por eso, en los acordes de mi lira
No se oye nota alguna acompañada;
Y cómo ha de cantar dulce balada,
Quien sufre, llora y sin cesar suspira!

8 de Marzo 1877.

JOSÉ PURKISS.

SOR MAGDALENA.

NOVELA

POR JOSÉ MARIA CUENCA.

XXVI.

La condesa de Blanca y el baron de San Andrés no pasaron de París. Comprendieron ambos muy pronto que era inútil ir á buscar á Sorrento la felicidad y la dicha que no habrían de encontrar.

¡Qué desencanto tan triste tuvo para los dos aquella aventura! ¡Cómo se habían engañado!

El baron estaba aburrido, desesperado; no sabía qué hacer con aquella mujer, que se pasaba los días y las noches llorando, y que se negaba á todo consuelo y distracción.

Era un aburrimiento eterno, monótono, sin síntomas de cambio. El baron no pudo soportar semejante vida mucho tiempo, y procuró distraerse por su cuenta.



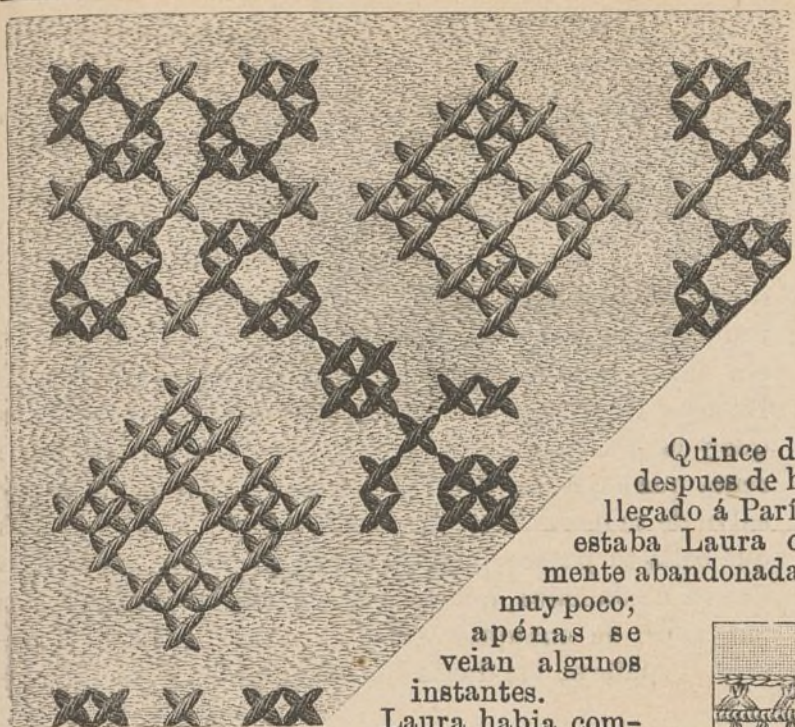
5. Bordado sobre paño para tapetes, almohadones, muebles, etc



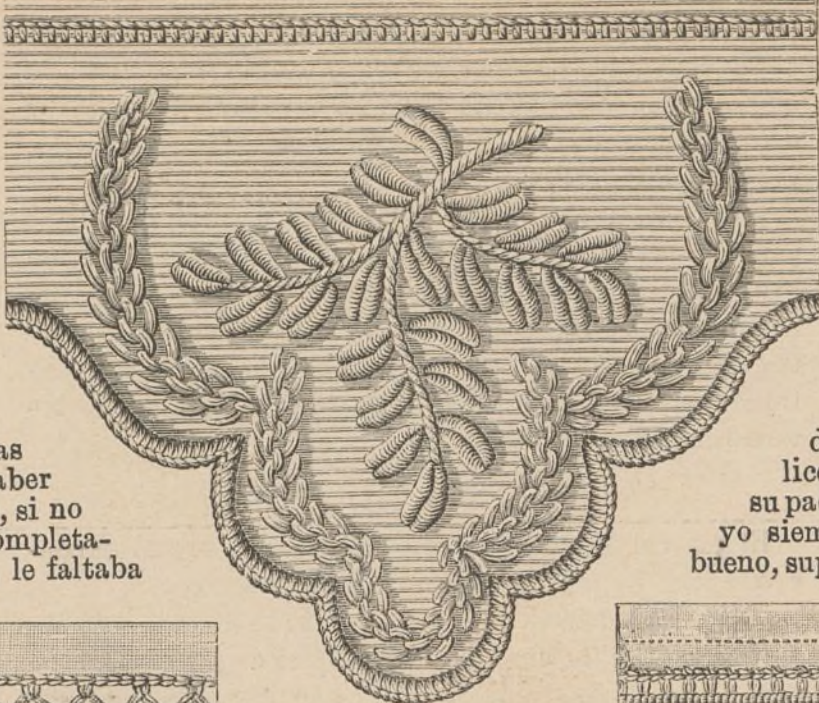
EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Isabel 2^a, II. Madrid.

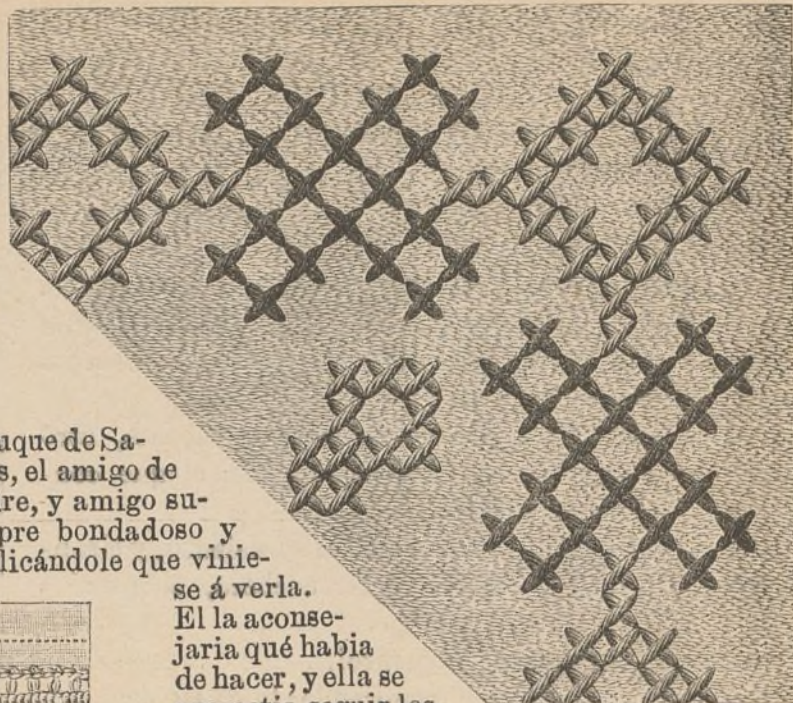
Ayuntamiento de Madrid



6. Bordado para la mantilla núm. 35.



8. Lambrequin para la canastilla núm. 33.)



7. Bordado para la mantilla núm. 35.)

Quince días después de haber llegado á París, si no estaba Laura completamente abandonada, le faltaba

muypoco; apenas se veían algunos instantes.

Laura habia comprendido, algo tarde por desgracia, que no hay felicidad posible

fuera de los límites del deber. Lo que nadie la habia dicho, lo que jamás habia escuchado á su alrededor, el instinto natural, principio de rectitud y pudor que Dios ha colocado en el corazon de la mujer, que, si alguna vez la pasion se lo hace olvidar, nunca llega á perder, se lo habia enseñado prácticamente. ¡Si pudiera deshacerse lo hecho! ¡Si fuera dable borrar de la conciencia y del corazon las huellas de los acontecimientos de la vida que disguste recordar! ¡Si no existiese el pasado y su séquito de remordimientos y angustias, cuán feliz sería la humanidad!

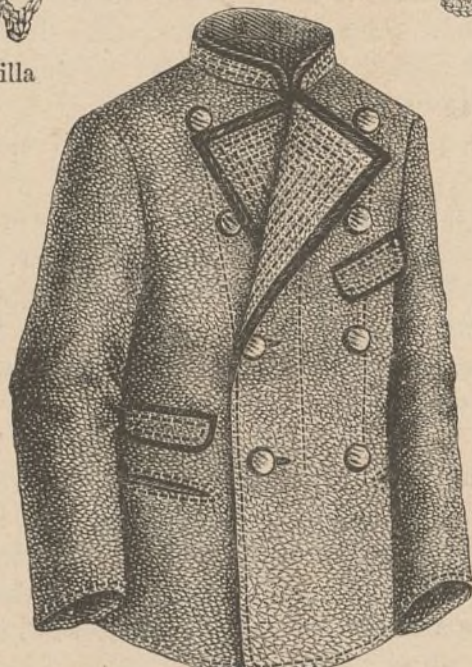
Laura estaba muy abatida. El recuerdo de su falta la seguía por todas partes como la sombra al cuerpo, sin dejarla punto de reposo.

Al poner el pié en el templo de rosas que su fantasía habia levantado, se deshojaron las flores, y sólo quedaron las espinas que hicieron girones sus ensueños de amor.

Estaba avergonzada. No se atrevia ni á salir á la calle; le parecia que llevaba impreso sobre la frente su crimen, y que iba á ser escarnecida por las gentes honradas; que la señalarian con el dedo; que correrian detras de ella gritando: ¡Abandonó á su marido por huir con su amante!... ¡Es una adúltera



12. Vestido Princesa para niña. (Patron y explicacion: en el pliego del 18, por el revers, núm. IX, figs. 35 á 39.)



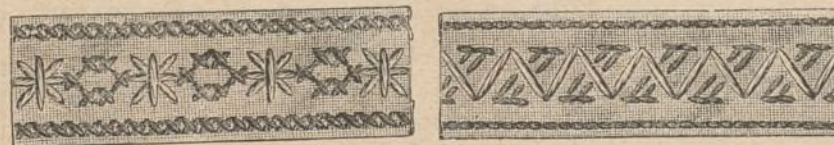
11. Chaqueta alsaciana para jovencito. (Patron: pliego del 18, por el derecho, núm. V., figs. 16 á 20.)



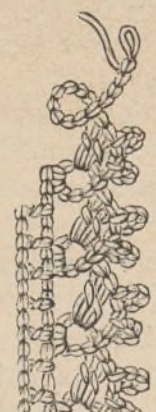
13. Espalda del núm. 13. (Patron y explicacion: en el pliego del 18, por el revers, núm. IX, figs. 35 á 39.)



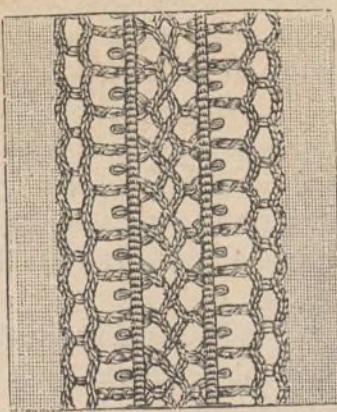
14. Delantal con reto. (Véanse los núms. 15 y 16. (Patron: pliego del 18, por el derecho, núm. VI, figs. 21 y 22.)



15 y 16. Entredoses á punto ruso para el delantal núm. 14.



19. Puntilla de crochet.



21. Entredos de crochet y trencilla.



20. Puntilla de crochet.

duque de Salices, el amigo de su padre, y amigo suyo siempre bondadoso y bueno, suplicándole que viniese á verla.

El la aconsejaria qué habia de hacer, y ella se prometia seguir los consejos de su anciano amigo con sumision y humildad. El conde de Blanca tenía gran obediencia y

respeto al duque y... ¡quién sabe!... Podria haber una reconciliacion.

La mesa donde se disponia á escribir Laura, estaba colocada delante de una puerta que, cuando era menester, conducia á otra habitacion, que ocupaban en aquel momento dos jóvenes diplomáticos de la embajada rusa.

Apénas habia comenzado á trazar algunas letras sobre el papel, cuando se detuvo sobresaltada.

Habia oido pronunciar dos nombres que la llenaron de angustia y terror: los del conde de Blanca y el baron de San Andres.

Aplicó el oido á la puerta, y escuchó con atencion y ansiedad.

Uno decia:

—Los padrinos del conde son el duque de Salices y el secretario de nuestra embajada; los del baron, el marqués de la Torre y el general Medina. Por oculto que han querido tenerlo, anoche se hablaba ya del desafio y sus condiciones en el sarao de la embajadora de Inglaterra... Duelo á muerte... á pistola...

—Y ¿cuándo se efectúa?— preguntó el otro.

—Hoy; esta mañana á las diez; aun cuando la claridad

que hay hasta ahora es bien poco á propósito... Lo dejarán para más tarde.

—Y ¿dónde van á matarse?...

—A una quinta del conde de Blanca, en los alrededores de Fuencarral.

Laura comenzó á agitar fuertemente el cordon de la campanilla.

—Es de V. todo ese dinero—dijo á la camarera, que entró asustada, señalando á un bolsillo que habia sobre la mesa, si me proporciona al momento un coche que me lleve á Fuencarral.

Pocos instantes despues estaba servida.

—¡Si llegaré á tiempo, Dios mio! decia; ¡si podré impedir ese duelo!... ¡Matarse por mí!... ¡es horrible!... ¡es horrible!... Me pondré en medio de ellos... les suplicaré... y me matarán á mí primero... ¡Y este coche no anda!...

¡Dios mio! Dios mio!... ¡que llegue á tiempo de impedirlo!... ¡que llegue á tiempo!... repetia en medio de violentas sacudidas nerviosas.

XXVII.

La vergüenza y el furor que causó al conde de Blanca

la certeza de su deshonor, le produjeron una enfermedad que lo tuvo muchos dias postrado en el lecho.

Habia cerrado su puerta á todo el mundo; sólo recibia al médico y al duque de Salices.



17. Vestido con túnica Princesa. (Véase el núm. 18.) (Patron: en el pliego del 18, por el derecho, núm. III, figs. 9 á 11.)



18. Espalda del núm. 17. (Patron: en el pliego del 18, por el derecho, núm. III, figs. 9 á 11.)

Repuesto ya, y aconsejado por el médico y el duque, determinó salir de Madrid por algun tiempo, procurando, entregado á los asuntos diplomáticos, hacer por olvidar su desgracia: él pensaba que hasta que pudiera vengarse; porque la idea de poderse vengar un día de aquel ultraje, de aquella afrenta cruel, no lo abandonaba un solo instante.

El duque de Salices le acompañaba en su coche hasta la estación del ferro-carril del Norte. El conde había pensado ir primero á Inglaterra, y después á los Estados Unidos.

Cuando pasaban por la puerta de San Vicente, otro coche que subía de la estación se cruzó con el que conducía al conde y al duque.

El conde se enderezó de repente en su asiento, y tirando del cordón sujeto al brazo del cocheró, comenzó á gritar:

—¡A casa!... ¡a casa al momento!...

El cocheró obedeció, sin comprender la causa de aquella contraorden.

El duque miró á su amigo sorprendido.

—No es mudanza, ni he perdido el juicio, le dijo el conde con el rostro en extremo animado.

—Espero que me explicará V. el motivo de este cambio de parecer, dijo á su vez el duque.

—¿No ha visto V. quién iba en ese coche que ha pasado rozando con el nuestro?

—No.

—El señor baron de San Andres.

—Entonces... ya comprendo, murmuró el duque lanzando un profundo suspiro.

—Me parece que respiro mejor; exclamó el conde con alegría.

—Y ¿piensa V. tener un duelo con ese hombre? preguntó el duque.

—Y ¿es el duque de Salices quien me hace esa extraña pregunta? dijo el conde ofendido.

—Es verdad, repuso el duque. Puede V. contar conmigo para todo.

—Ya verá V. cómo no me tiembla la mano al hacerle saltar de la cabeza su nueva corona ducal á ese fiero espadachín... Yo sé también manejar las armas.

Una hora después, el duque de Salices llamaba á la puerta del baron de San Andres.

—S. E. acaba de llegar de París, y no puede recibir á nadie, dijo un criado.

El duque escribió con lápiz algunas palabras sobre una tarjeta, y mandó que se la entregasen al momento al baron.

No tardó mucho en volver el criado, con orden de suplicarle que tuviese la bondad de pasar á la sala.

—No puedo explicar la satisfacción que experimento al ver en mi casa al noble duque de Salices, dijo el baron ofreciéndole una silla con la mayor política y galantería.

—Gracias, señor baron, respondió el duque. Yo siento venir encargado del penoso mensaje que le acabo de anunciar á V. en mi tarjeta.

—Estoy á su disposición, señor duque... Cuando quiera y como quiera.

—En ese caso, sólo me resta decirle que el señor conde de Blanca desea que todo quede mañana temprano terminado.

—Perfectamente, señor duque.

—Tendrá V. la bondad de designarme, señor baron, alguno de sus amigos con quien pueda arreglar los detalles y condiciones...

—Con mucho gusto, señor duque. Voy á escribir unos cuantos renglones al general Medina, que espero se tomará V. la incomodidad de entregarle de mi parte.

La mano del baron temblaba por primera vez en su vida al escribir un billete, de cuya clase había escrito muchos, para suplicar á sus amigos que lo secundasen en los infinitos desafíos que había tenido.

—Yo llevaré de compañero al príncipe de Kersy, secretario de la embajada de Rusia, dijo el duque, guardando en su cartera el billete que le acababa de entregar el baron.

—Voy á avisar ahora mismo al marqués de la Torre, para que se ponga de acuerdo con el general.

—Adios, señor baron, continuó el duque despidiéndose. No tardarán en venir el general y el marqués á darle á usted cuenta de nuestra entrevista; nos queda poco tiempo de qué disponer; pues como ya he tenido el honor de decirle, el señor conde de Blanca desea que todo haya terminado mañana temprano.

—Soy del mismo parecer, señor duque... Puede V. decir al general y al marqués que les espero.

Cuando se quedó solo el baron empezó á pasearse por la sala, pensativo y mal humorado.

No hay que suponer que el baron pudiera tener miedo; bastantes pruebas de valor había dado en su vida... pero

en contraba poco agradable exponer su existencia, que había comenzado á amar con exceso desde el momento en que se había visto dueño absoluto del título de duque y de la inmensa fortuna que tantos años había codiciado; le parecía muy triste.

Llegar al supremo bien, á la ansiada felicidad, para perderla sin haberla disfrutado, era sensible al señor baron de San Andres, que ya había formado su plan de vida con arreglo á sus pingües rentas, que se elevaban á cuatro millones de reales anuales, además de otros diez millones de economías que el difunto había dejado depositados en el Banco de España.

XXVIII.

El general Medina y el marqués de la Torre no tardaron mucho en presentarse en casa de su amigo.

—¡Querido baron!... nó, nó... querido duque, dijo entrando en la sala con grande estrépito el general; ya estamos otra vez en campaña... Déjame queme siente, porque estoy rendido, prosiguió arrojándose sobre un sofá. Si no es el décimo, es el duodécimo desafío en que te sirvo de padrino... ¿Cuándo hacemos punto final?

—¡Hemos llegado al desenlace del drama! exclamó el marqués. Era de esperar.

—Ya veis que cuento con vosotros como siempre, dijo el baron.

—¡No faltaba más! repuso el general. Pero, mira; antes de hablar, manda que nos den de comer, porque ese endiablado duque de Salices no nos ha dejado con sus prisas... ¡Parece que tiene muchos deseos de que te borren del mapa!... Tengo hambre, y cuando la tengo no se me ocurren dos palabras juntas acordes; ¡es una fatalidad!... ¡con hambre no sirvo para nada!... A los postres te pondré al corriente... ¡Da tus órdenes pronto, hombre... no te detengas!... Apenas tenemos dos horas para comer... el duque nos espera con tu contestación á las diez, y son las ocho dadas... ¡Creo que os habeis propuesto todos acabar hoy con mi vida, asesinar me, matarme de hambre!...

Pocos instantes después estaban comiendo.

Cuando llegaron los postres, y seguro ya de que no se moría de hambre, dijo el general al baron:

—Podemos hablar ahora con formalidad... Oye con atención lo que el duque de Salices nos ha propuesto de parte de tu adversario. Duelo á muerte, en el parque de su quinta de Fuencarral; á pistola, tirando los dos al mismo tiempo á ocho pasos de distancia. Si al primer tiro no os exterminais, lo que no es probable, se continuará la función con otras pistolas iguales, que tendrémos de reserva. El conde quiere que, si no los dos, por lo menos uno, vayais á ver lo que pasa en el otro mundo... Me parece que no puedo ser ni más claro ni más breve.

—¡Pero eso es una especie de asesinato! exclamó el baron.

—El conde dice que está en su derecho, repuso el marqués, y no quiere cambiar nada de su programa. Tú resolverás.

—¿No es verdad, amigos míos, prosiguió el baron levantándose de la mesa desesperado, no es verdad que es horrible ir á exponer mi vida tan bárbaramente en el momento que me veo dueño de la fortuna que tanto he deseado?...

—No es muy agradable que digamos, dijo el marqués.

—¡Si tu tío se hubiera muerto un mes antes, no habría habido fuga, ni ahora el desafío, prosiguió el general... Pero ¿qué quieres?... La obstinación de tu tío en no morir tiene la culpa de todo... Si mandarás traer otra botella de Champagne, te lo agradeceré... Tengo una sed rabiosa... Bebe tú también... te lo aconseja un amigo que te quiere... bebe y olvídate.

—Bien lo necesito... ¿Cuándo recuerdo la vida que me ha hecho pasar esa mogigata en París!... ¡Siempre llorando, lamentándose á cada instante de su suerte, acusándome como al autor de sus desgracias!... Ahora sólo me falta exponer mi vida por ella... por una mujer que ni amo, ni he amado nunca.

—Vamos, baron, dijo el general con severo acento, dejando sobre la mesa la copa que iba á llevarse á los labios; no olvides que esa mujer, esa mogigata, como la llamas, te ha sacrificado su reputación.

—Y que es de muy mal gusto eso que dices, prosiguió el marqués.

—¡Si supierais lo que he pasado con ella!...

—No importa, continuó el general; respetar á la mujer que se deshonra y morir por ella, si es preciso, es obligación del hombre de honor.

—No es la muerte lo que temo;... he expuesto mi vida muchas veces...

—Entonces, exclamó el general con tono burlon, entonces es que S. E. el duque de Abarán teme coger un resaca con la humedad que hará mañana temprano en el campo.

—Hablemos con formalidad, dijo el baron irritado.

—Hablemos; no deseo otra cosa, repuso el general.

—¿Á qué hora nos esperan?

—Á las diez, respondió el marqués de la Torre. Cada uno llevareis vuestra caja de pistolas, y allí, sobre el terreno, elegiremos las que más convengan.

—Créeme, Carlos, dijo el general cogiendo del brazo al baron y dando algunos paseos con él por el comedor; desecha todos esos tristes recuerdos; figúrate que estás todavía arruinado, huyendo siempre de los acreedores, sin más patrimonio que las mesas de juego de Baden-Baden y Hamburgo... No te acuerdes del título de duque y la grandeza de España y los cuatro millones de renta que acabas de heredar, y si llegas á salir sano y salvo de tu desafío, como te ha sucedido siempre, verás qué bella te parece la vida... Te mandaré una botella de ron de Jamaica, que hace olvidar al momento todas las penas, de cualquier clase que sean;... bebe sin temer... mañana me darás las gracias.

(Se continuará.)

MARINA

POR

ANGELA GRASSI.

(Continuación.)

Debía Jorge revistar las tropas al día siguiente, desde la tribuna de la plaza pública, en donde acostumbraba dar audiencia.

Deseaba dirigirlas su elocuente voz para reanimar su decaído entusiasmo.

Desde mucho antes que hubiese salido el sol, ya se hallaba atestada la plaza de un gentío inmenso; y al aparecer Jorge en la tribuna, revestido con una larga túnica bordada de oro y cubierta la cabeza con un gorro encarnado, del cual pendía una borla de oro, resonaron por todas partes mil gritos de alegría.

Desfilaban delante de él los brillantes escuadrones, y cuando ya se preparaba á dirigir su voz á la muchedumbre quedó extrañamente sorprendido al ver cuál se avanzaba una comisión del pueblo, trayendo sobre un rico cojín una corona de oro.

La comisión estaba compuesta de honrados ciudadanos, de venerables prelados y algunos nobles boyardos.

Un anciano tomó la palabra en estos términos:

—Padre, dijo; la madre patria gemía en la más honda amargura, y bastó el eco de tu voz para enjugar sus lágrimas. Cual si la Providencia hubiese bendecido tu noble misión, los secos arroyos han vuelto á fertilizar la tierra, y los campos se han cubierto de flores. Rusia ha pasado de la más espantosa miseria á una modesta abundancia, y el pueblo, feliz ya y tranquilo, bendice tu nombre. El pueblo, que acata tu justicia, que admira tu sabiduría, no teme el porvenir si está confiado á tu solitud paternal y previsora.

¿Para qué, pues, anhelar la salida del sol, si la luna nos embelesa con sus plácidos reflejos? De necios es despreciar un bien conocido por otro desconocido, y tal vez pernicioso. La Rusia, llena de amor hacia tí, te ofrece en prenda de su gratitud esta sencilla corona; la Rusia, rebosando de fe en tu genio, te ruga derodillas que la pongas en tu frente y que te proclames su árbitro supremo.

Calló el anciano, y Jorge no halló voz para contestar á su discurso.

Toda la sangre refluyó á su corazón y subió á abrasar su mente.

Jorge era hombre; Jorge tenía todas las miserias inherentes á su pobre naturaleza humana. Le ofrecían la corona de un imperio; una corona que podía deponer á las plantas de Marina, y la tentación era demasiado fuerte. Experimentó un vértigo, y en medio de su delirio tendió los brazos hacia aquella deslumbrante diadema que fascinaba sus sentidos.

Pero se detuvo. El ángel de la inmaculada pureza trabó una lucha en su corazón con el grosero ángel del egoísmo. La lucha duró un solo segundo, pero fué espantosa.

¡Cuán grande, cuán sublime, cuán maravilloso es el corazón del hombre, mientras está entregado á esos rudos, pero gloriosos combates, que le convierten en semidios si vence, en un reptil miserable si sucumbe!

¡Oh portentosa obra del Criador Omnipotente! ¡oh misterioso arcano de su sabiduría infinita! ¡Una miserable estatua de grosero barro, que por un solo y sencillo acto de su voluntad puede trocarse en ángel!...

Jorge triunfó de sí mismo; y el orgullo de su magnánima victoria prestó nueva melodía á su voz, nueva elocuencia á sus palabras.

Rehusó modestamente aquel honor, que juzgaba superior á sus merecimientos; pero dió las más apasionadas gracias al pueblo por su afecto.

Luego habló de Dimitri; pintó su juventud, la nobleza

de su alma, la sublimidad de su talento, con tal calor, con tal energía, que el pueblo derramó lágrimas de enternecimiento.

Bello estaba Jorge, con su noble fisonomía, iluminada por los fuegos de un alma henchida de abnegación y de entusiasmo; bello estaba, con su negra cabellera, que flotaba en largos rizos alrededor de sus mejillas, con sus ojos vivos y centelleantes.

Si Marina le hubiese visto en aquel instante, también se hubiera postrado á sus pies y le hubiera bendecido.

¡Corazón del hombre, templo espléndido de un Dios Omnipotente, escogido por Dios mismo! ¡Humana inteligencia, luz vivificante, resto de aquella palabra creadora con la cual el anciano en días convirtió el caos en universo!

Como el viento impetuoso levanta hacia el cielo en revuelto torbellino el polvo de los campos, ó le abate y le dispersa, así Jorge disponía de todas las voluntades.

Cuando concluyó, el pueblo, postrado de rodillas, le llamaba entre sollozos *padre*, pero proclamaba á Dimitri como soberano.

Jorge mandó que se hicieran públicos festejos por la inmediata vuelta del hijo de Ivan IV, y se retiró á palacio, acompañado de las más fervientes bendiciones.

Jorge se sentía grande, y era feliz, y abrigaba esperanzas terrestres, como si éstas pudiesen jamás ser digno premio de las acciones sublimes!...

¿Qué diríamos de un opulento monarca, si á los que ganasen batallas en su nombre les convidase en premio á un mezquino banquete, en donde sólo se sirvieran vinos sin perfume y desabridos frutos? ¿Qué diríamos de Dios, si nos diese algunas frívolas y pasajeras alegrías en recompensa de nuestras virtudes?

—¡Alejo! exclamó Jorge dirigiéndose á su amigo, así que se hallaron solos; es preciso que termine mi misión; que parta secretamente á Tula, y que arranque á Dimitri de su funesta inercia...

Nadie debe saber mi partida: tú te encargarás de todo. Me acompañará Tadeo, y quiera el cielo que, al llegar allí, no vea desvanecerse la esperanza que alimento.

Y como se extingue repentinamente la llama al contacto del agua, el júbilo de Jorge quedó desvanecido á esta sola idea....

CAPÍTULO IX.

¿Qué hacía Dimitri en Tula? Como Pompeyo, que, embriagado con las delicias de Capua, vió trocarse su corona de laureles en corona de fúnebre ciprés, iba él también á perder por fútiles placeres el fruto de sus victorias?

Este punto, que no ha sabido dilucidar la historia, por formar la conducta del monarca durante su estancia en aquella ciudad un extraño contraste con su anterior y posterior conducta, podemos dilucidarlo nosotros, acostumbrados como estamos á analizar los íntimos sentimientos de las almas.

Mnichek no quería que Dimitri abandonase á Tula sin haberse desposado con su hija, é inventaba cada día nuevos y plausibles pretextos para retenerle allí; Dimitri se dejaba convencer fácilmente, temeroso de que se rompiera la dulce intimidad establecida entre él y Marina; pues aunque la idea de solicitar y obtener su amor, de arrebatársela á su esposo, á su amigo, á su bienhechor, jamás había cruzado por su mente, sentía ver terminado aquel paréntesis de inefable dicha que experimentaba junto á ella.

Marina había seguido al ejército vencedor, tanto para obedecer las órdenes de su padre, cuanto porque creía de su deber, para completar la obra de Jorge, no abandonar á aquel inexperto príncipe, á aquella alma nueva, dispuesta siempre á creer y amar, en medio de los engaños de la vida, y que podía llegar á ser el juguete de sus mismos parciales, si una voz amiga no le indicaba los peligros.

Y así sucedió, en efecto, pues Dimitri nada hacía sin consultarla, y se dejaba guiar por sus consejos.

De ahí nacieron sus largas confidencias, su intimidad, deliciosa para ambos, porque Marina le amaba como una hermana, ó más bien con el amor tierno y desinteresado de una madre.

Además, las mujeres gustan de los valientes.

Marina había admirado el intrépido valor de Dimitri en los campos de batalla, le había visto hacerse obedecer por encanecidos soldados, y era un contraste nuevo el que ofrecía aquel héroe, de vivo y cultivado ingenio, con su alma de niño, cándida y sencilla.

Pero en la lucha, modesto en la victoria y lleno de benevolencia hacia los vencidos, era efectivamente imposible conocerle y no admirarle.

Mnichek, que no perdía jamás de vista su objeto, se esforzaba en completar la obra de la imprevisión y la inocencia.

Si Marina abandonaba alguna vez el campamento

para ir á pasear sola por entre los sombríos árboles del bosque, era siempre el Palatino quien conducía á Dimitri á aquel sitio, dejándole con ella.

Si alguna vez Dimitri, amante de las tranquilas escenas de la naturaleza, bogaba en un ligero barquichuelo por las tranquilas aguas de algún lago, era el Palatino también quien, acompañado de su hija, le hacía señas de que abordase y los recibiese en su barca.

Luégo, con el más insignificante pretexto, Mnichek saltaba á la orilla, y los dejaba solos en medio del lago, iluminados por los pálidos rayos de la luna, acariciados por la brisa saturada de perfumes, oyendo el amante cántico de las avejillas confundido con el apacible murmullo de las olas.

Y así, día por día, minuto por minuto, se esforzaba en atizar el fuego de la pasión en aquellas dos almas candorosas.

No retenían en Tula á Dimitri los placeres, como suponían sus impacientes partidarios, pues el Palatino cuidaba de que los dos jóvenes vivieran allí en la soledad más absoluta.

Por las noches mandaba retirar á los cortesanos, se retiraba él mismo con sus hijos, bajo especiosos pretextos, y Dimitri y Marina quedaban solos en el inmenso salón del palacio.

Entonces la joven cogía un laúd, al cual arrancaba melodiosos sonidos, y Dimitri cantaba.

Improvisaba bellos y tiernos romances, tan inocentes como su alma; celestes melodías que nacían y morían en sus labios.

Y aquel concierto se prolongaba durante muchas horas, y hacía enmudecer hasta á la brisa, ansiosa de escucharle. Otras veces hablaban.

¡Cuántos planes nobles y generosos forjaba entonces la mente del joven czar! Sus vasallos serían sus hijos; los pobres, sus hermanos.

Los gobernaría con las dulces leyes del amor, y formaría con ellos esa dulce alianza de amantes corazones, emblema de las dulzuras eternas.

Nunca las atrevidas imaginaciones de los filósofos modernos concibieron utopías más bellas y seductoras que las que forjaba la mente de Dimitri, completadas por la inefable ternura de Marina. La joven se acordaba entonces de que su esposo también las había concebido en otro tiempo; pero carecían de aquella suave poesía que tanto la embelesaba, y he aquí la diferencia: Jorge era pensador, y Dimitri poeta: Jorge trataba de organizar una sociedad de hombres; Dimitri soñaba con formar una sociedad de ángeles: Jorge contaba con los vicios inherentes á la débil naturaleza humana; Dimitri sólo contaba con sus virtudes. Tal vez esta diferencia consistía en que Jorge había vivido mucho tiempo entre los hombres y había experimentado los sinsabores del desengaño, mientras que Dimitri era un niño y sólo juzgaba de los demás por su corazón y el de Marina.

Pero, sea como se quiera, la joven era mujer, y hallaba una dulce armonía entre sus ideas y las del sensible príncipe.

El Palatino observaba con júbilo esta creciente simpatía, y redoblaba sus esfuerzos por convertirla en otro sentimiento.

—Dejad, decía, siempre que se recibía un mensaje de Jorge, y Dimitri y Marina hablaban de partir; dejad que el prudente tribuno venza todos los obstáculos, allane todos los escollos del camino. El elegido del pueblo debe llegar á Moscou en el momento oportuno, cuando se trate sólo de favorecer y perdonar. Creed á mi experiencia: dejad que se aquieten los ánimos, que los enemigos del trono queden reducidos á la impotencia: partir ahora, sería aventurarlo todo.

Parecían buenas estas razones al apasionado Dimitri, que tan feliz se sentía en medio de aquella dulce y apacible vida; parecían atendibles á Marina, que sabía que su padre poseía un gran conocimiento de los negocios de Estado, como quien había vivido siempre en medio de las intrigas cortesanas.

No podía penetrar el móvil que hacía obrar á su padre y á Dimitri, por cuanto el primero no había vuelto jamás á hablarla de sus proyectos, y la exquisita delicadeza de Dimitri sellaba sus labios hasta el punto de que nunca, ni aun en los momentos de mayor expansión, había pronunciado ninguna frase que la revelase el estado de su alma.

Pero pasaba entre tanto el tiempo, y los mensajes de Jorge eran cada vez más apremiantes. El Palatino comprendió que aquella situación no podía prolongarse indefinidamente, y que era preciso dar el golpe decisivo.

Lisonjeábase, además, de haber ya conseguido su objeto; juzgando del corazón de Marina por el suyo, creía que no había podido permanecer insensible á las bellas cualidades del príncipe, y al brillo de su corona. Había traducido á favor de su pensamiento sus palabras más

insignificantes, sus acciones más sencillas. Estaba seguro de que se amaban sin osar decirselo, y creyó que bastaba una ocasión cualquiera para que estallase el fuego que yacía escondido.

(Se continuará.)

TEATROS Y SALONES.

Hoy no podemos justificar el título con que venimos encabezando nuestras modestas revistas: los teatros están cerrados, los salones permanecen mudos, absorbe la atención, ocupado el tiempo por los misterios de nuestra santa religión.

Si algún eco mundano ha venido á turbar el concierto místico de preces, ha sido un eco fúnebre: dos artistas, gloria del arte lírico, han muerto casi al mismo tiempo, arrebatados por esa pérfida enemiga habitante de Madrid, que se llama pulmonía.

Rodeados ambos de amor y de respeto, por ser casi hijo adoptivo de España el uno, y español el otro, han muerto en el apogeo de su esplendor, tronchando la parca inopinadamente sus vidas, como troncha tantas y tantas cosas venerandas.

Skocztopole y Oudrid han sido sinceramente llorados por los mismos que los habían aplaudido con entusiasmo, y quizás ésta sea la primera vez que el mundo no se haya mostrado ingrato y olvidadizo.

Sintiéndonos sin fuerzas para rendirles un homenaje digno de su mérito, vamos á trascribir un bellísimo recuerdo poético, tributado al amable autor de tantas obras inspiradas, que durante mucho tiempo han hecho las delicias del público madrileño, y del de toda España.

Héle aquí:

EN LA MUERTE DE CRISTÓBAL OUDRID.

SONETO.

¡Pobre zarzuela! Arroja tu corona
y trueca en luto las festivas galas;
hacia la nada horrible te resbalas;
la muerte es tu enemiga, y te destrona.
Su segur, que ni olvida ni perdona,
hunde en el polvo tus brillantes alas:
Gaztambide, Picon, Egulaz, Salas,
Camprodon, Vega, Aceves, Luis Olona...
¡Y hoy Cristóbal Oudrid! El que sabía
doblar venturas y amenguar dolores
con su inspirada y fácil melodía.
Cubrid su cuerpo de lozanas flores,
mientras sus preces nuestra fe le envía,
que ésas son para el alma las mejores.

CÁRLOS COELLO.

* *

Todos conocen el esplendor con que se celebran en nuestro país las ceremonias de Semana Santa; sin embargo, no pueden compararse con las que se celebran en la capital del orbe cristiano.

Terminaremos nuestro cometido dejando hablar á un erudito viajero, que describe de este modo una de sus más curiosas ceremonias.

«No se puede imaginar, dice, momento más sublime que aquel en que se canta el *Miserere* en la grandiosa basílica de San Pedro. La música es de una inspiración inagotable, de un efecto sorprendente. Roma vió en el siglo xv que el protestantismo la aventajaba en música, cuando tanto aventajaba ella al protestantismo en pintura, en escultura y en arquitectura. Naturalmente, buscó un músico para contrastar esta inferioridad, y le encontró sublime; encontró á Palestrina, ese Miguel Ángel del arte lírico. El papa prohibió que su *Miserere* fuera copiado, para que sólo resonase en la iglesia cuyas bóvedas gigantes se hallan completamente en armonía con las sublimes notas. Un día escuchaba fuera de sí el *Miserere* un niño sublime. Este niño, que debía ser el Rafael de la música, lo aprendió de memoria y lo divulgó por el mundo. Llamábase el niño, Mozart. El genio germánico vino, como siempre, á robar sus secretos al genio latino en la guerra eterna de ambas razas. No hay pluma capaz de describir la solemnidad del *Miserere*. La noche avanza. La basílica está á oscuras, sus altares desnudos. Por las ventanas de las bóvedas que frisan con el cielo penetra la incierta y pálida luz del crepúsculo, como si viniese á aumentar las sombras. La última vela del tenebrario se ha ocultado tras del altar. Os creeríais dentro de un túmulo inmenso, á través de cuyas tablas entrara el resplandor lejano de lámparas funerarias. La música del *Miserere* no tiene instrumentación. Es un coro sublime combinado de una manera admirable. Ya se oye como el rumor lejano de una tempestad ó como la vibración del viento sobre las ruinas y en los cipreses de las tumbas; ya como un lamento que se levantara del fondo de la tierra ó como un planido que enviaran los ángeles del cielo, todo envuelto en sollozos, en una lluvia de lágrimas. Como las estatuas de blanco mármol son de tal manera gigantescas y brillan tanto que las primeras sombras no pueden completamente ocultarlas, parecen evocaciones de otras edades que, al levantarse de su

sepulcro y descenderse su negro sudario, entonan ese cántico de dolor y de horrible desesperación. La basilica toda se conmueve, vibra cual si los acentos de terror salieran de cada una de sus piedras. Esta lamentación, larga, sublime; esta ola de hiel evaporada en los giros del



25. Chambrita para recién nacido. (Patron: en el pliego del 18, por el revers, núm. XIII, figs. 44 y 45.)



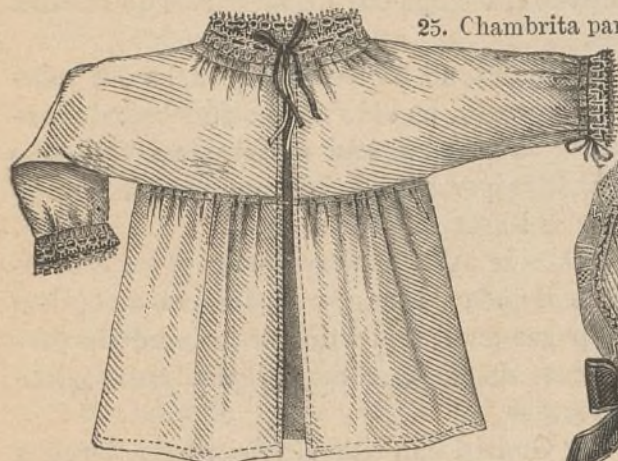
22. Camisa para recién nacido. (Véanse los núms. 23 y 24. (Patron: en el pliego del 18, por el revers, núm. XI, fig. 42.)



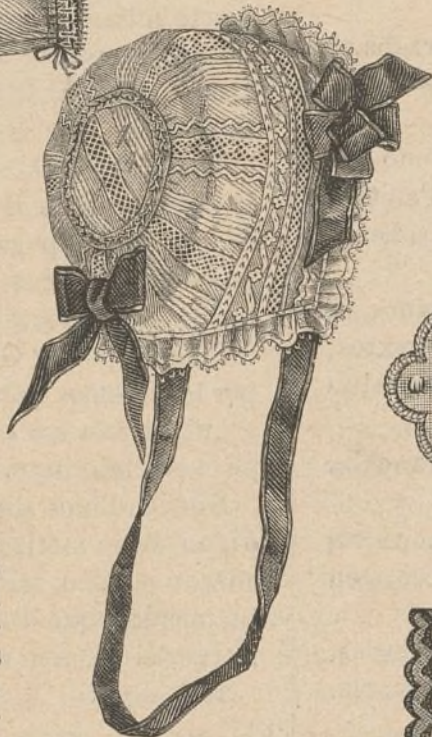
23. Camisa extendida para recién nacido. (Patron: en el pliego del 18, por el revers, núm. 11, fig. 42.)



26. Chambrita para recién nacido. (Patron: en el pliego del 18, por el revers, núm. XIII, figs. 44 y 45.)



27. Camisa con manga larga para recién nacido. (Patron y explicación: en el pliego del 18, por el revers, núm. XII, fig. 43.)



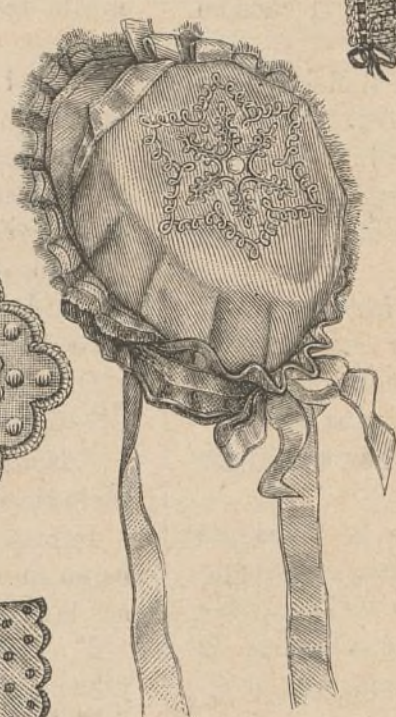
30. Gorra para recién nacido. (Patron y explicación: en el pliego del 18, por el revers, núm. XIV.)



24. Hombro para la camisa núm. 22.



32. Mantilla de franela bordada. (Dibujo del bordado: en el pliego del 18, por el revers, fig. 50.)



31. Sombrero para recién nacido. Dibujo del bordado: pliego del 18, por el derecho, fig. 24.)

Recomendamos á nuestras bellas suscriptoras la gran fábrica de corsés, casa especial de corsés-fajas, que con el título de *La Elegante* acaba de abrirse en la calle de Leganitos, núm. 16; establecimiento que ofrece todos los artículos de su clase hechos con gusto y perfección, desde el más modesto al más caro.

**

Explicación del Figurin 1.259.

FIG. 1.^a *Traje de recepción.*—Vestido de armure violeta real adornado de felpillas. La falda muy ceñida está adornada por abajo con dos volantes plisés. La túnica, que es doble hasta media pierna y casi tan larga como la falda, monta por delante sobre el cuerpo y se une por atrás formando capucha: puede hacerse de la misma tela ó de crespón de china; guarneciéndola un hermoso galon de felpilla con fleco de lo mismo.

Fichú de punto de Alençon y mangas de encaje.

FIG. 2.^a *Traje elegante para comida ó teatro.*—El vestido es de faya color moda (flor de tilo). El manto-cola y el cuerpo están adornados con una guirnalda de rosas bordadas al pasado; el delantero con echarpes de gasa flor

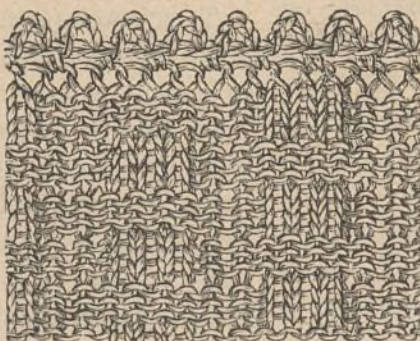
aire, os hiere profundamente el corazón, porque su tristeza infinita, es la voz de Roma quejándose á los cielos desde su lecho de cenizas, como si bajo sus cilicios se retorciera agonizante. Llorar así, lamentarse como los antiguos profetas bajo los sauces del Eufrates ó sobre las piedras esparcidas del templo; llorar en cadencias sublimes conviene á una ciudad como ésta, cuyo eterno dolor no ha ofendido todavía á su eterna hermosura. Así es la ciudad esclava. David sólo podría ser su poeta. Lo sublime es la nota de su cántico. ¡Roma, Roma! eres grande, eres inmortal hasta en tu desesperación y en tu abandono. Tendrás eternamente en el corazón humano un altar, aunque se pierda la fe que ha sido tu prestigio, como se perdieron las conquistas que habían sido tu fuerza. Nadie podrá robarte el dón de la inmortalidad que te confiarán tus dioses, que te han sostenido tus pontífices, y que te confirmarán eternamente tus artistas."

VÍCTOR CUENDE.

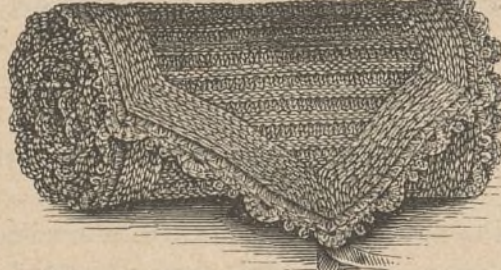
ECONOMÍA DOMÉSTICA.

En obsequio á algunas nuevas suscriptoras que nos lo ruegan, vamos á repetir el modo de limpiar los bronce y dorados. Estos últimos, pasados algunos años, es preciso que sean restaurados por el dorador. Entre tanto, se conserva su brillo limpiándolos con agua de jabón blanco, caliente, y enjuagándolos con agua clara, caliente también. Se dejan secar al aire libre, y luego se frotan con piel de gamuza, ligeramente impregnada de polvos blancos. Esto debe hacerse únicamente con los objetos pulimentados; los que sean mate, basta con el agua de jabón.

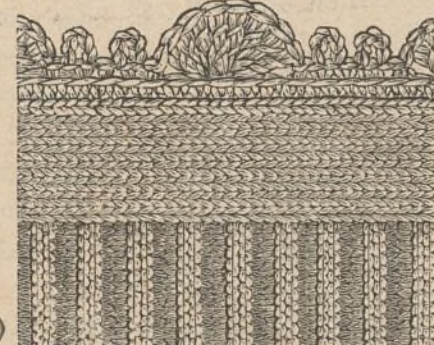
El verdadero bronce sin dorar no debe sufrir más que un pequeño frote con un pedazo de paño de lana, ó un cepillo fino. Los bronce imitados, compuestos



33. Cenefa para la mantilla de recién-nacido, núm. 34.

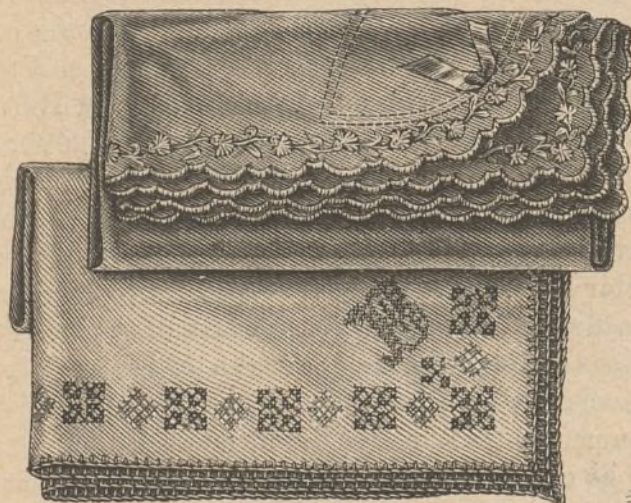


36. Faja para recién nacido. (Véase el núm. 37.)



37. Tejido para la faja núm. 36.

29. Tejido de punto para la chambrá núm. 28.



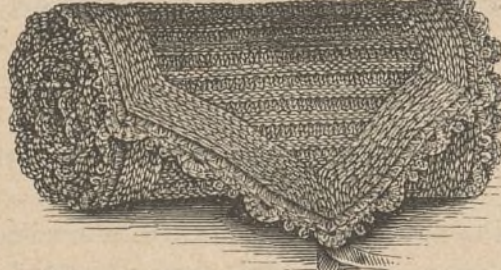
34 y 35. Mantilla para recién nacidos. (Véanse los núms. 6 y 7, y las iniciales en el pliego del 18, por el revers.)

principalmente de zinc ó hierro fundido, requieren otros procedimientos más complicados.

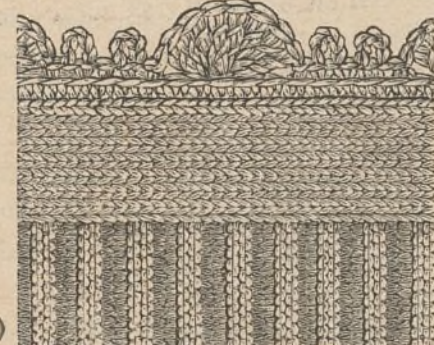
Si están manchados de aceite ó grasa, hay que lavarlos con agua de colada ó de potasa; luego se prepara una mixtura compuesta de agua, sulfato de aluminio y ácido nítrico. La proporción es de una tercera parte de sulfato, otra de ácido nítrico, y dos de agua. Se lava el bronce en esta mix-



33. Cenefa para la mantilla de recién-nacido, núm. 34.

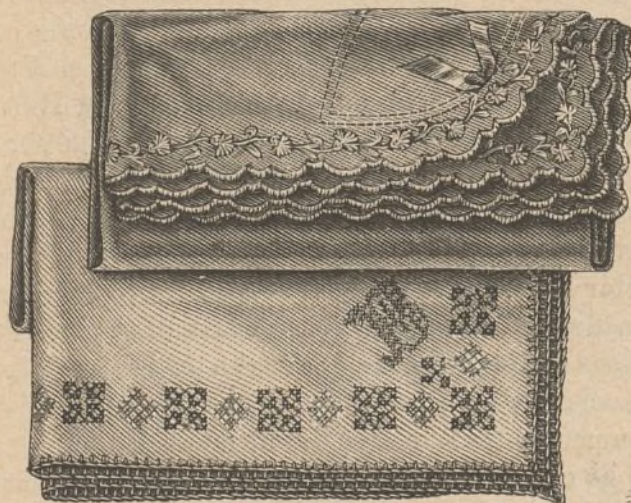


36. Faja para recién nacido. (Véase el núm. 37.)



37. Tejido para la faja núm. 36.

29. Tejido de punto para la chambrá núm. 28.



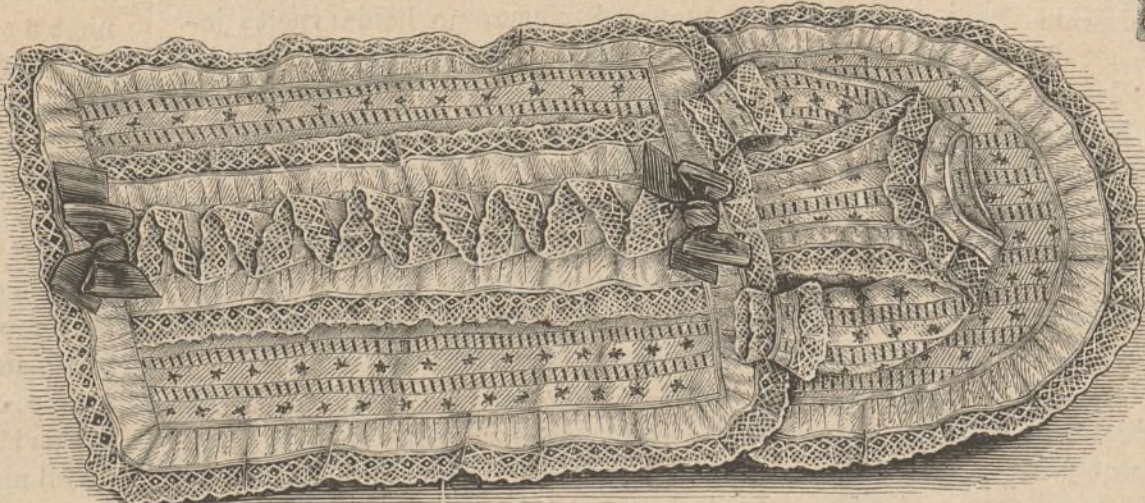
34 y 35. Mantilla para recién nacidos. (Véanse los núms. 6 y 7, y las iniciales en el pliego del 18, por el revers.)

principalmente de zinc ó hierro fundido, requieren otros procedimientos más complicados.

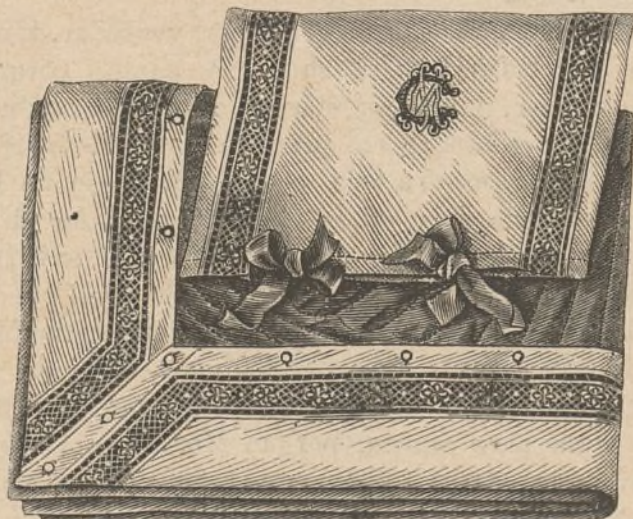
Si están manchados de aceite ó grasa, hay que lavarlos con agua de colada ó de potasa; luego se prepara una mixtura compuesta de agua, sulfato de aluminio y ácido nítrico. La proporción es de una tercera parte de sulfato, otra de ácido nítrico, y dos de agua. Se lava el bronce en esta mix-



38. Canastilla para ropa de recién nacido. (Véase el núm. 8.)



41. Almohadon-colchoncillo para niño.



39 y 40. Almohada y colcha para cuna.

de tilo guarnecidas con blondas blancas, camiseta y mangas de encaje; brazaletes y cruz de oro, pendiente ésta de un terciopelo negro; prendido compuesto de una rosa entre hojas y pluma blanca y rosa.

Este traje es verdaderamente delicioso, y lo recomendamos á nuestras suscriptoras.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO.

Administración, Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de Gregorio Estrada, Doctor Fourquet (antes Hiedra), 7.

Editor-proprietario: Carlos Grassi.

Ayuntamiento de Madrid